

Guayasamín y su visión del Nuevo Mundo

ANTONIO FERNANDEZ VILCHES*

Con motivo de la celebración de los setenta y cuatro años de la Universidad de Concepción, se incorporó a los fondos pictóricos de la Pinacoteca la serie De Orbe Novo Decadas, creada por el genial artista ecuatoriano Oswaldo Guayasamín, Doctor Honoris Causa de la casa de estudios penquista. Gracias a Petrox S.A. Refinería de Petróleos, esta visión de la América pre y post colombina que nos entrega Guayasamín, podrá ser admirada por los visitantes amantes del arte.

La serie fue gestada para ilustrar la edición de la obra del destacado humanista italiano, radicado en la Corte de Castilla en 1492, Pedro Mártir de Anglería, cuyo libro *De Orbe Novo Decadas Octo. De Rebus Oceanisis*, registra la gesta colombina del Descubrimiento de América. Esta obra fue el primer impreso que consignó tan magno acontecimiento en el mundo,

*ANTONIO FERNÁNDEZ VILCHES: Director de la Pinacoteca de la Casa del Arte, Doctor en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid, Profesor del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad de Concepción, Académico correspondiente de la Academia Chilena de la Historia, Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Académico Asociado de la Academia Tiberina de Artes y Ciencias de Roma, y de otras instituciones académicas.

entregando noticias de primera mano por haber conocido su autor en forma personal a Cristóbal Colón. Se editó el libro en forma parcial, en Alcalá de Henares, el 5 de noviembre de 1516, en el taller de Arnao Guillén de Brocar, ya que la edición completa fue impresa en 1530, cuatro años después de la muerte de Pedro Mártir de Anglería, lo que aconteció en Granada en 1526, año en que el humanista termina de escribir su *Década Octava*. Las ilustraciones, creadas por Guayasamín, fueron hechas para la reedición del libro impreso en 1516, con motivo de la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, llamado también Encuentro de Dos Mundos. Guayasamín trabaja en las ilustraciones entre los años 1987 y 1988, realizando las 57 láminas por él creadas dentro de la concepción de una serie, las que tituló “El Nuevo Mundo que a España dio Colón”.

La obra comprende dos partes claramente diferenciadas, a simple vista, por la ausencia o presencia de un vivo colorido. La primera parte consiste en 17 hermosas obras litográficas que nos brindan una visión muy idealizada del mundo americano precolombino. La segunda parte de la serie consiste en 40 aguafuertes, en los que el artista plasma su visión sombría de la conquista del continente, o sea el mundo americano post Colón.

La primera parte de la serie se inicia con la obra “Frutas”, que recoge la figura de una joven morena, sonriente, portando sobre su cabeza una gran cesta con frutos americanos, algunos rebanados, los que dejan ver un interior vistoso, guardián generoso de sabores y fragancias exóticas. Luego “La selva” -tal vez la más extraordinaria obra de esta primera parte de la serie-, donde la naturaleza precolombina entrega una bella visión de explosión de luz y color, caracterizando un exotismo floral, tropical, captado con toda su exuberancia en un claro selvático, donde se filtra la luz del sol en una atmósfera húmeda, alegremente misteriosa, que envuelve todo un mundo botánico polimorfo, iluminado por golpes de luz, la que crea un ambiente transparente. A continuación viene “Mujer pájaro”, alegoría o concepción plástica de un tema recurrente en las numerosas leyendas indígenas. El tema “El viento” es representado por una mujer amable, de sonrisa discreta, la que muestra sobre su dorada mano una especie de remolino con sus aspas, que dinamiza la visión de la figura femenina con su cabellera de ondeante flamear. En “Los danzantes”, el artista rescata la riqueza estética de las planchas pectorales de oro, de los atuendos poblados de ricos motivos, y de esos grandes tocados cefálicos con que se adornaban sus cabezas los indígenas de alto rango.

El deslumbrante colorido de esta primera parte de la serie continúa con la obra “La Virgen del Sol”, con su cuerpo moreno y rostro de orgullosa mirada. Por su parte, los “Símbolos precolombinos” son concebidos como un friso muralístico que cubre la totalidad del espacio, presentando imágenes que recuerdan a los viejos dioses del mundo indígena. En la obra “Pájaros”, el artista nos entrega las imágenes de dos aves distintas, tal vez macho y hembra, las que vuelan con gracia en sentido opuesto, creando un ritmo de sorprendente hermosura y originalidad. En “Construcción Inca”, Guayasamín reelabora esta presencia monumental y ciclópea que tiene la arquitectura incaica, con sus muros de sillería pétreo y bloques lisos de considerables dimensiones, los que se unen entre sí con precisión notable. El astro de la noche, “La Luna”, muestra su bello y suave rostro sonriente de planeta visible y, a la vez, gracias a una ingeniosa composición, su lado oculto, del mismo modo que permite visualizar su transición desde la fase llamada creciente a la luna llena. “Los guerreros”, con sus hermosos atuendos de gala, penachos, corazas pectorales, adornos y lanza, nos hacen retrotraernos al tiempo de mítico y esplendoroso mundo ido. El astro rey, “El Sol”, dios de rostro fiero que se encuadra en la figura de una rara estrella, ilumina a un ave en vuelo, la que es otra manifestación legendaria de sí mismo, en la concepción indígena de dios alado viajero, el que camina sobre los bosques de la tierra desterrando a la noche. En la obra “Dios de los incas”, nos encontramos con una hermosa representación de un tumi ceremonial, cuya parte superior está formada por una máscara de oro de alguna deidad desconocida. “El fuego”, deidad primordial muy antigua, se presenta alegóricamente en la forma de mujer, hermosa, tranquila, morena, la que, desnuda, se eleva dentro de un círculo de llamas danzadoras nacidas en el cráter de un volcán. “El maíz”, principal alimento precolombino y dios vegetal, es representado por el artista emergiendo de un suelo que es a la vez mujer, mientras sus hojas abriga a dos seres cuyas máscaras se perciben en los costados de la planta generosa. “La vida y la muerte”, es otra lámina de fantasmagórica ejecución, acorde con el tema. Un rostro máscara, que simboliza la vida, se sitúa a un costado de una rara forma arbórea en cuya copa se observa, en sucesión, una araña en su tela, la que cubre la escena, y sobre ella la presencia de un ser extraño, estilizado. En el otro costado del árbol que separa la vida está la muerte, representada por una tétrica calavera, la que muestra, con cruel dureza, una de sus cuencas orbitales iluminada en forma dramática.

En forma lógica, la primera parte de la serie culmina con el tema de la empresa colombina del Descubrimiento de América. Así vemos en la obra "Las carabelas", a las tres naves descubridoras, dando la espalda a un plano que representa la tierra firme. Navegan en un mar de alegre azul, con sus cruces rojas impresas sobre las velas mayores. En este punto, la serie interrumpe su visión llena de entusiasta colorido, el que otorgó un carácter idílico y mágico al mundo prehispánico. De ahora en adelante la serie se ensombrece, al presentarse dentro de una paleta monocromática. Es el mundo poscolombino de la conquista.

La segunda parte de la serie está trabajada a base de una tinta, con la técnica del grabado al aguafuerte. La visión temática se ensombrece, la expresión adquiere una fuerza emotiva intensa. Las láminas son portadoras de la dramática visión que tiene Guayasamín del mundo de la conquista, presentándolo como un tiempo poblado de personajes duros, de rostros sombríos, de cristos de presencia trágica; es el tiempo donde la cultura indígena prehispánica está ausente de la escena, lo que indica el sino destructor que las lleva a la desaparición, sea por el reemplazo, o por la hibridación cultural creadora del mestizaje.

En esta segunda parte de la serie, el tema "La carabela" vuelve a aparecer, pero ahora sin la cruz colombina, surcando el navío con aplomada confianza un mar en el que se divisan peces. Luego, la imagen de Isabel La Católica, quien observa ensimismada algún punto en el infinito; reina que está flanqueada en sus costados por la cruz y por la espada. El Colón imaginado por Guayasamín nos entrega su rostro dotado de una seguridad escrutadora. Cortés y la Malinche, con sus retratos faciales enmarcados en un pesado portarretratos de ampuloso estilo barroco-americano. El conquistador Benalcázar, con su perfil de moneda antigua, cubierto por su casco de acero ornado por una cimera de plumas. Pizarro y Almagro, dentro de una misma composición muy curiosa, que a la vez que los reúne, ello también los separa; Almagro está de perfil, para ocultar su ojo tuerto. La lámina que recuerda a Bartolomé de Las Casas lo muestra con los rasgos propios de un alucinado que mira con espantada impotencia una escena invisible. La figura de Filipillo, el lenguaraz indígena, cuyo rostro evidencia su personalidad dual, de dos caras, que caracterizó al histórico personaje.

Luego vienen unos grabados con personajes genéricos. Así vemos, "El Rey", con una extraña corona cuadrangular, en cuyas caras se ostentan grandes cruces latinas. "El Papa" con una cruz en su pecho, mirando

frontalmente -al igual que el rey-, impávido, ostentando sobre su cabeza una curiosa triple tiara imperial, por estar ésta rematada con un mundo sobre el que se emplaza una cruz. “El español” está representado por un rostro adusto, quijotesco, de mirada dura inquisitiva. “Los conquistadores” presentan sus rostros impenetrables, de presencia severa, lo que se acentúa por la existencia de una especie de cruz extraña, la cual termina en forma de hoja de espada al llegar a la mano de una de las figuras. El personaje de “El encomendero” es retratado en forma despiadada por el artista; la mirada es torva, agresiva, desconfiada. La barba negra está trazada con dureza, su sombrero de paño es amplio y ostentosamente decorado con una ampulosa fronda de plumas, símbolo de la vanidad. El importante funcionario colonial llamado “El recaudador” de Impuestos, está captado con su rostro serio, semi escondido entre las sombras de su sombrero, con su cuello protegido por una golilla amplia, que lo encierra, y ostentando en su pecho una gran cruz caballeresca. La lámina “Tres personajes de la inquisición” nos muestra a tres personajes sentados, que impresionan como tres jueces que enfrentan discursivamente al espectador, en un juicio imaginario. “El decapitado”, personaje que representa al ajusticiado por rebelión contra la corona, motivo por el cual su cabeza está coronada en representación del caudillo vencido; de los ojos entrecerrados del degollado manan serenas lágrimas.

En cuatro grabados Guayasamín nos entrega la temática de Jesús. Primeramente encontramos a su “Cristo sentado”, luego de la cruel flagelación; es un Cristo de mirada dura, expectante, escrutadora, desafiante, que no se deja abatir por el trágico acontecimiento. Luego nos presenta el grabado “Viracocha crucificado”, donde el artista quiere hacer evidente la crucifixión simbólica del dios indígena Viracocha, el que para el artista ecuatoriano no es otra cosa que la muerte de las culturas autóctonas a consecuencia de la conquista española. Otro grabado nos entrega un Cristo con un rostro moribundo, de mirada tristemente lúcida, que refleja un dolor sin queja, enfatizado éste por el dibujo dramático de las costillas de su pecho en el que se incrustan, con fuerza, sus antebrazos. Un cuarto grabado se titula “Crucifijo”, en el que encontramos un altar vestido con su copón, cáliz, custodia y velas, detrás del cual se alza un gran retablo religioso provisto de una cruz central, la que a su vez está flanqueada -en los cuatro cuadrantes que ella crea-, por sendos retratos de personajes de época, presumiblemente muy importantes en la administración colonial, recurso plástico que Guayasamín rescata de la antigua costumbre que tenían los donantes de cuadros religiosos

o de retablos de iglesia, de retratarse dentro de las escenas sacras, junto a los santos y vírgenes, o en los temas de la crucifixión, perpetuando así el recuerdo de sus imágenes orgullosas en actitudes de aparente humildad devota.

Adán es representado en abandonada actitud de desamparo, frente a la tentadora oferta de la manzana que le hace la serpiente que le envuelve. Eva presenta la manzana en la mano diestra, mientras observa a la serpiente que le habla. En “El infierno”, Guayasamín nos entrega la visión de tres figuras verticales desnudas, las que aterradas y suplicantes se encuentran en un mar de llamas. El Diablo está representado por un personaje cuyo rostro adquiere la apariencia de una máscara indígena, la que representa a la gran serpiente mítica que habita en el seno de la tierra.

El soldado de la conquista está representado en la serie por dos láminas. La primera, “Armadura lateral”, consiste en un yelmo de acero, con su visera entrecerrada, desafiantemente agresiva; la segunda, “Armadura coraza”, consiste en un yelmo en que se aprecian los ojos de un rostro oculto, dentro de un casco y celada de acero, enmascarado frontalmente.

El tema de las manos siempre ha ejercido una fascinación especial en Guayasamín. Con frecuencia recurre a ellas en sus grabados, óleos, dibujos y murales. Por ello no es extraño que incorpore su presencia en la serie, trabajándolas con la expresividad propia de un retrato. En su grabado “Una mano: La Creación”, nos entrega un recuerdo de la mano del Supremo Hacedor, pintado por Miguel Angel en la Capilla Sixtina; el artista ecuatoriano reelabora el tema incorporando el gesto vertical de la mano, con su dedo índice levantado en actitud de llamar silenciosamente a alguien, en este caso al nacimiento de la vida. En su grabado “Dos manos” encontramos un diálogo expresivo, lleno de gracia y dinamismo. En sus “Manos bailarinas”, nos encontramos frente a la visión de una instantánea, que capta la actitud de un invisible danzante que posee una mano de dedos alargados, los que se alzan con pausada elegancia y ritmo.

Guayasamín nos entrega también las imágenes de toros y caballos, representativos del aporte del viejo mundo al suelo americano. Vemos, tanto en el grabado “Cabeza de caballo”, como en el titulado “Dos caballos”, el retrato enérgico de estos animales que fueron decisivos en la conquista de América. En las obras “Toro de cuerpo entero” y en la obra “Cabeza de toro”, es posible que el pintor aluda tanto al toro de lidia ibérico, símbolo de las pasiones ciegas y brutales, como también a la criticada fiesta brava, llamada

corrida de toros, que fue introducida en gran parte de América por los conquistadores.

El mundo urbano de nuestra América colonial se expresa en varios grabados. Así lo visualizamos en “Iglesia Santo Domingo de Quito”, o en los grabados “Lima”, “El Cuzco” y “Quito”. En estas composiciones cobran especial realce las torres de las iglesias y conventos de los cascos urbanos, rematadas por sus cruces, y sus plazas mayores con la típica fuente de agua central, o sus casonas y palacios, reunidos en una abigarrada escena arquitectónica. El mundo urbano hispánico está representado por el grabado titulado “Toledo”. En él se observan las murallas defensivas con sus puertas, su puente pétreo y el profundo foso natural constituido por el río Tajo, que le rodea. Al medio de esta ínsula fluvial se alzan casas, cúpulas y torres de innumerables iglesias, que se elevan al cielo con la peregrina e ilusoria pretensión de alcanzar los dominios del Padre Eterno.

De este modo, a lo largo de cincuenta y siete grabados, Guayasamín nos hace viajar por su particular visión y concepción histórica del mundo americano, su naturaleza, sociedad, costumbres, deidades, leyendas, gestos e ideales estéticos y religiosos. Cada grabado de su serie es una ventana singular, entre las cincuenta y siete que tiene su edificio personal, desde cuyo interior observamos en forma secuencial la cosmovisión del artista, la que exterioriza con genialidad en cada una de las escenas de esas ventanas que se abren a nuestros ojos, conciencia y espíritu, produciendo sentimientos encontrados poblados de interrogantes, dudas e inquietudes, de sentimientos de admiración, asombro, tristeza y alegría, los que enriquecen nuestras particulares percepciones y conocimiento.

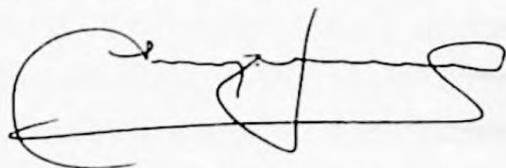
Su visión posee aquella fascinación embriagadora que nos entrega en la imagen que representa “La danza”, o tiene esa melancolía del sonido mudo que nace del instrumento de “El guitarrista”, quien la toca abandonando la cabeza sobre un hombro, creando una música triste paralela a la tierra. Así, en éstas como en las otras obras -anteriormente descritas-, percibimos la importancia de la serie, no sólo desde el punto de vista estético e histórico-artístico, sino aun en lo que pareciera ser un aspecto de importancia superficialmente secundaria, el que consiste en ser el testimonio sociológico de ese rico mundo íntimo, basado en las convicciones y creencias del pintor, las que ha exteriorizado plásticamente en forma magistral.

EN LA CASA DEL ARTE

Oswaldo Guayasamín, artista principal en nuestra América, heredero de su inveterada tradición cultural precolombina, está profundamente ligado a esta Casa de Estudios, de la que es uno de sus Doctores Honoris Causa.

La sabia mano del Maestro nos entrega en el hoy imágenes de un idealizado paraíso americano, variado, alegre, multicolor y mágico. Luego, en imágenes monocromas, el largo período del Descubrimiento, la Conquista y la Colonia, con sus logros y sus críticas, reflejadas éstas en gestos, rostros y escenarios en los que se dieron los hombres y su tiempo.

En su personal visión de la historia de dos culturas y de su encuentro, del que emerge la presente realidad hispanoamericana, con su geografía, su naturaleza, sus costumbres, sus razas y sus gentes, esta magnífica obra del talento de nuestro Académico y Maestro OSWALDO GUAYASAMIN, se integra a otro de sus múltiples hogares: LA CASA DEL ARTE DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



AUGUSTO PARRA MUÑOZ
RECTOR



Frutas



Mujer pájaro



El viento



200/100

Danzantes

GUAYASAMIN



xsvf

Virgen del Sol

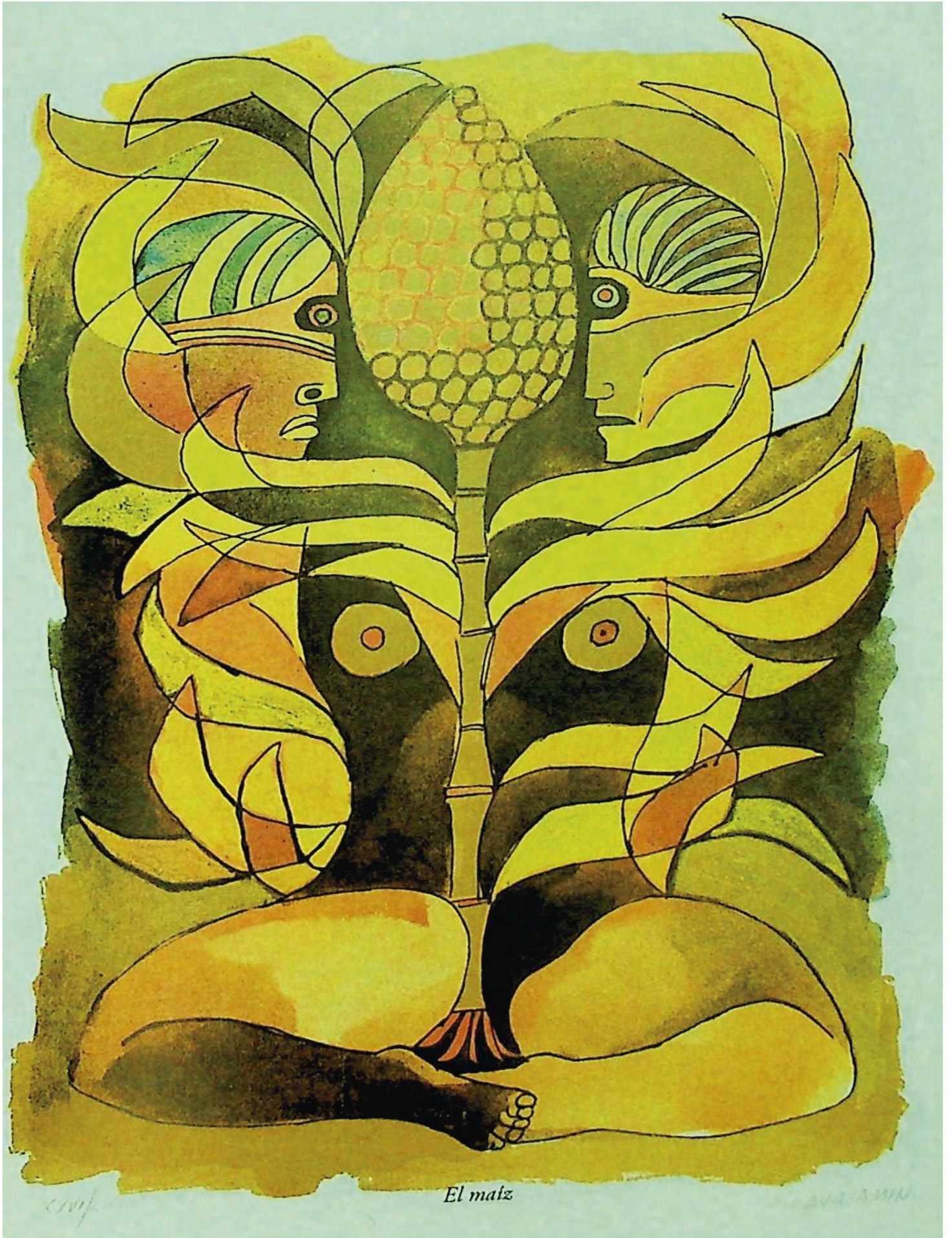
GUAYAQUÁN



Pájaros

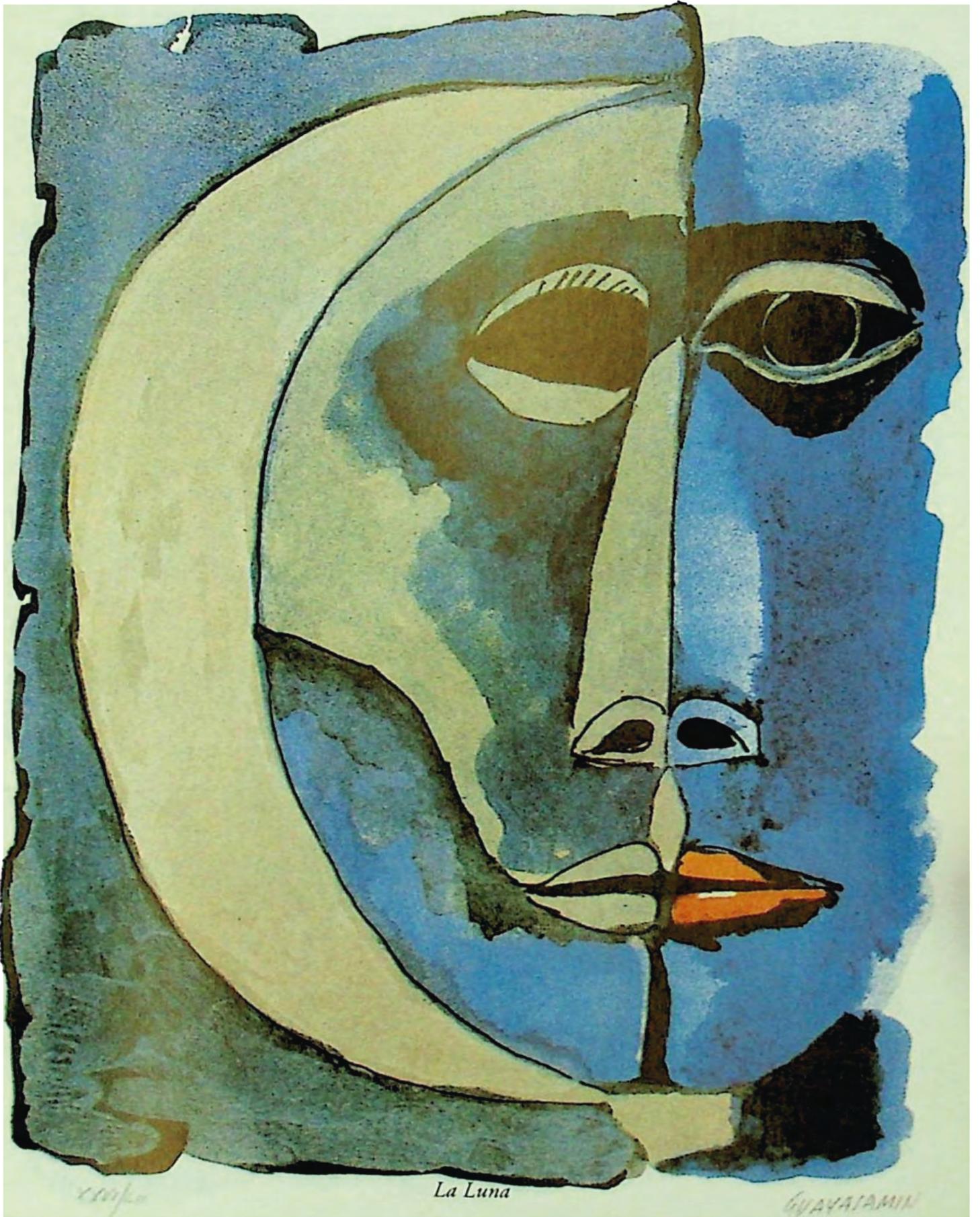
GUAYATAMIN

XVII/21



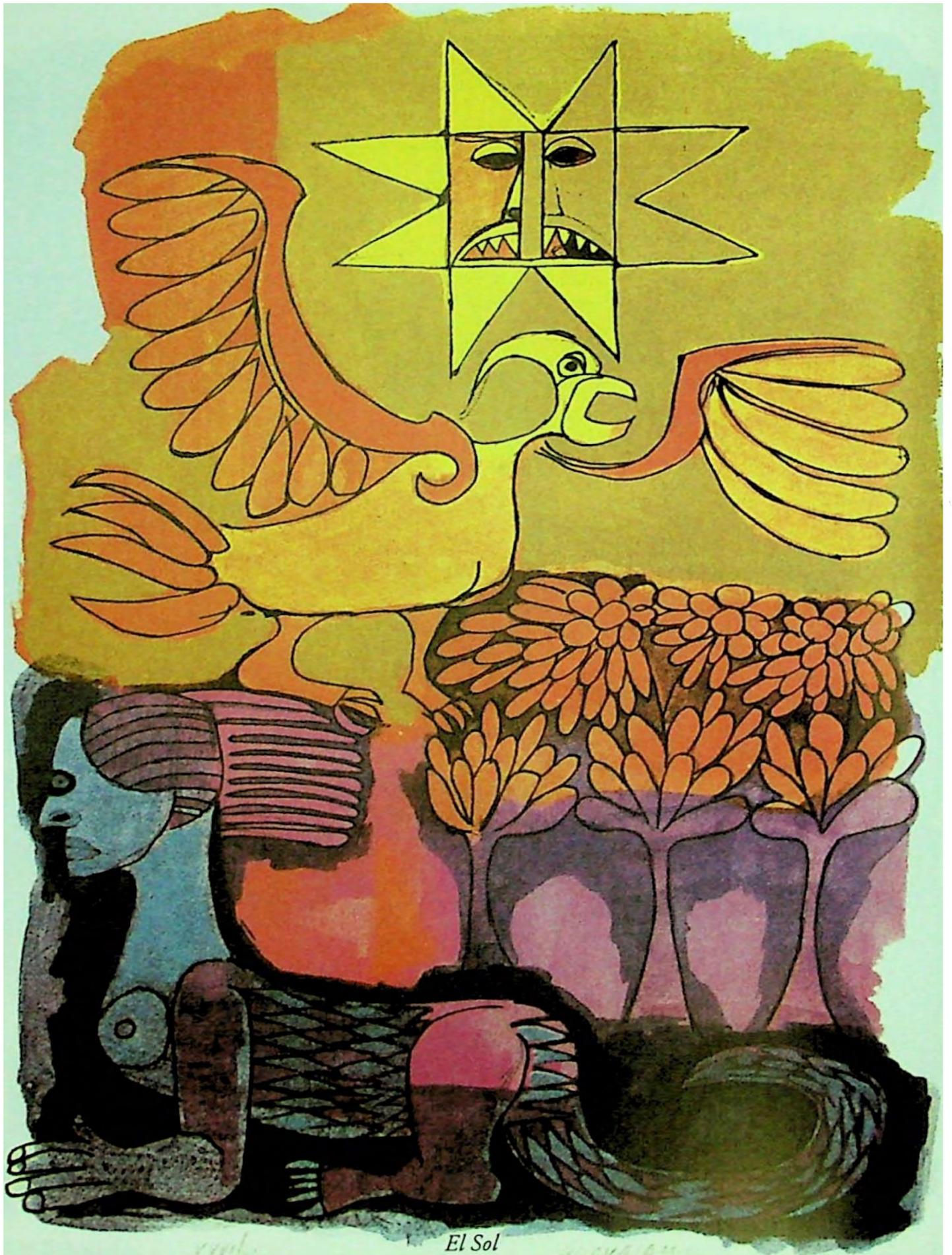
El matz





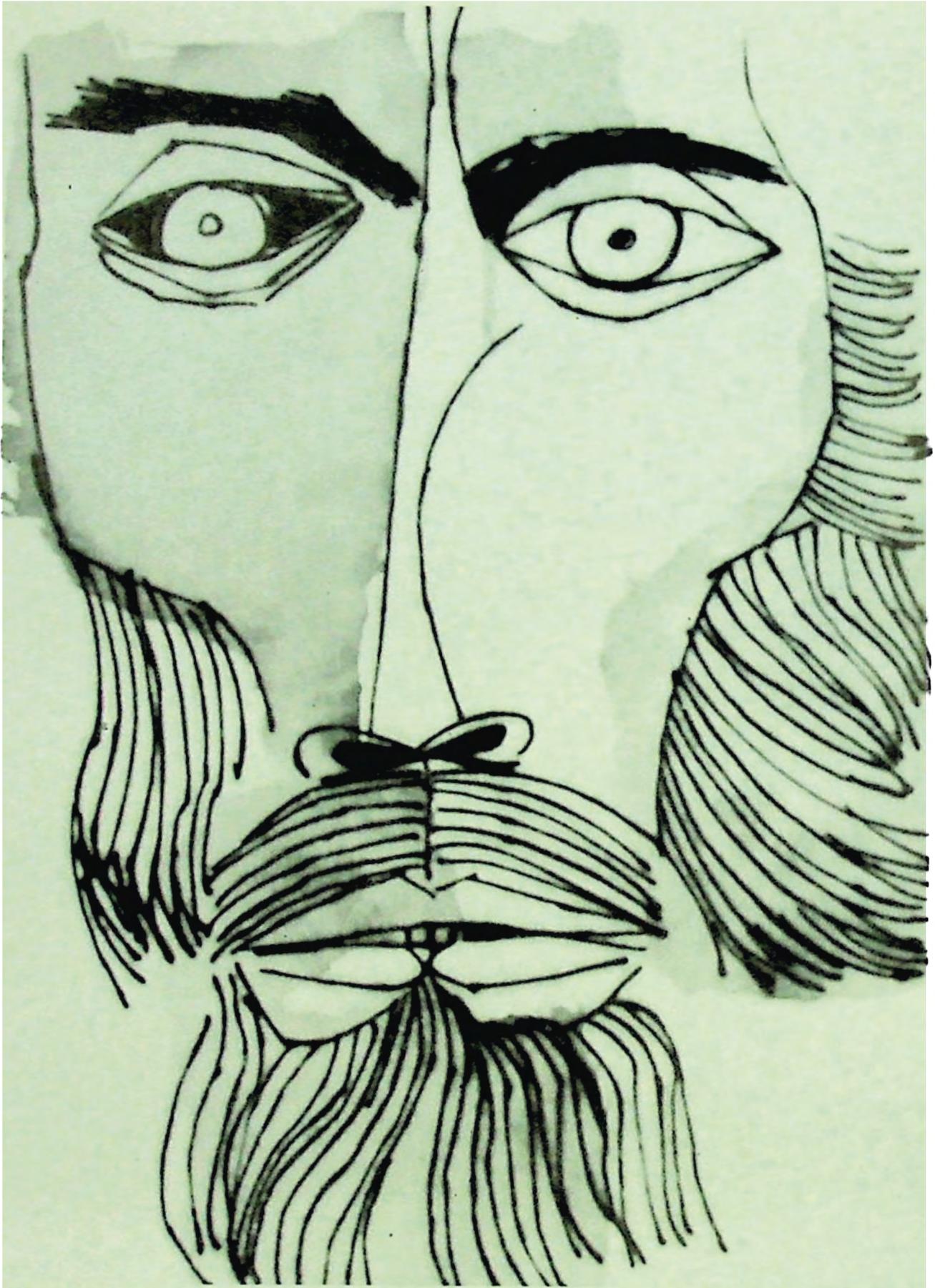
La Luna

GUAYASAMIN





Los conquistadores



El español



El encomendero



El Rey